

NARRATIVA  
HISPANOAMERICANA  
1816-1981

HISTORIA Y ANTOLOGÍA

2

*la generación  
de 1880-1909*

ángel flores



siglo  
veintiuno  
editores

3a. edición

## Carlos Reyles

[Montevideo, 31 de octubre de 1868 - Montevideo, 24 de julio de 1938]

Aunque nacido en la capital uruguaya, Carlos Reyles pasó su niñez en la región del Río Negro, donde su padre, heredero de los ricos y aventureros irlandeses O'Reilly, poseía extensas propiedades. Su educación precisa su regreso a la civilización: Carlos estudia en el Colegio Hispano-Uruguayo y allí uno de sus preceptores, don Baltasar Montero y Bidaurreta, descubre su sensibilidad artística. A la muerte de su padre, en 1886, Reyles viaja por Europa, ubicándose luego en España donde se casa con una actriz. A pesar de la vida de bohemia a que se entrega, Carlos encuentra tiempo para escribir: su cuento "Doménico", que aparece en *El Posibilista*, le vale una carta efusiva del epónimo don Emilio Castelar. Con tales estímulos, duplica sus esfuerzos y sus escritos se van publicando en el periódico madrileño *La Correspondencia de España*. Adiestrado en el manejo de la prosa y la estructuración de obras de ficción, Reyles se decide a crear narraciones de mayor aliento. Con *Por la vida* (1888) causa un verdadero escándalo, pues con ella introduce en el Uruguay la corriente naturalista. Estupor y polémica causan *Beba* (1894), *La raza de Caín* (1900), y, mucho más tarde, *El terruño* (1916), romances apasionantes en que su autor mezcla un lirismo pornográfico d'annunziano a una crudeza descarnada y brutal. Atribúyesele a Reyles, sin embargo, el comienzo de la novela psicológica (tipo Maurice Barrès) en Hispanoamérica. No cabe duda de que Reyles es uno de los primeros en usar el análisis exhaustivo aunque a menudo degenera en un pastiche tan hueco y artificioso como esas producciones de los Decadentistas de fin de siglo.

Más espectacular aún que el éxito de dichas novelas fue el de la titulada *El embrujo de Sevilla* (1922) que hasta los mismos españoles llegaron a considerar como auténtico reflejo de las costumbres sevillanas —Sevilla le recompensó nom-

brándole hijo adoptivo—. “Yo no he visto jamás un libro tan original y de tan profunda psicología española”, dijo don Miguel de Unamuno. Sin embargo, hoy, observada con mayor perspectiva y objetividad, la novela nos resulta bastante insulsa y floja.

Después de la guerra mundial, y debido al sinnúmero de restricciones que la Argentina había impuesto a su deporte hípico, Reyes, que se había especializado en *purs sangs*, perdió su fortuna. A estas alturas (1929), el millonario deja de existir y el escritor sexagenario, en anhelante competencia con la muerte, recoge sus fuerzas creadoras y produce su obra maestra: *El gaucho Florido* (1932). El estanciero Reyes mira nostálgicamente hacia atrás, hacia su estancia Bellavista (llamada aquí Tala Grande), hacia su padre (llamado aquí don Fausto), hacia la niñez de ese Faustito que es la propia... y así va pasando panorámicamente, en excitante complejidad, el pintoresco y heroico pasado de sus gauchos, convirtiéndose los campos primitivos en finca moderna, con su alambre de púa, sus teléfonos, sus gringos, sus máquinas —transformación lenta, pero inevitable, dramatizada convincentemente por Reyes por ser deposición objetiva y auténtica de su propia existencia.

#### EL GAUCHO FLORIDO

La tropa llegó al último pastoreo, cerca de la Tablada. Florido, Zabana, Mansilla y Viraqué encendieron el fogón y se sentaron alrededor de él, silenciosos y cabizbajos. Los otros peones rondaban. Viraqué puso la caldera en el fuego y preparó el mate. Pensaban en que allí no volverían a encender otros fogones. Los amenazaba un cambio radical de existencia. ¿Para bien? ¿Para mal? Por lo pronto iban a dejar lo cierto por lo dudoso.

—Yo quisiera —exclamó Viraqué—, que esta noche no terminara nunca. Pero si las cosas cambian tenemos a la juerza que cambiar. De cualquier manera en ninguna parte estaremos mejor que al lau del patrón.

—Yo, después de pensarla mucho, estoy risuelto a

pegar también la sentada. Pronto no voy a ser solo y hay que mirar pa'delante —y sonriendo hasta mostrar los dientes blanquísimos y apretados interrogó—: ¿No malisean?

Viraqué por toda respuesta, echose el sombrero sobre los ojos. Zabana y Mansilla cambiaron furtivas miradas. Florido, sin notarlo, prosiguió:

—A ustedes, que son como hermanos, quiero anotiarlos antes que a naides. Sí, caballeros, he desidido tomar estau.

Silencio glacial. —Güe, ¿por qué se hasen los chanchos rengos?

Al decírsele la sonrisa elástica se trocó en crispada mueca. Dominándose cortó un trozo de churrasco, lo revolcó sobre la faraña y, después de ingerir algunos bocados, dijo resueltamente:

—Parece que la notisia no les ha cáido en gracia. ¿No es del agrado de ustedes la mosa o qué?

Viraqué, eludiendo la pregunta, respondió con esta sentencia de Florido:

—El gaucho debe picar de flor en flor y volar.

Y entonces Florido, precisamente porque comprendió que sus compañeros no miraban con buenos ojos a Mangacha, la ponderó exageradamente:

—Como linda y señorita no tiene comparansa en todo el pago; como güena nenguna le mata el punto. Durante mi enfermedad no se separó ni un chiquito de mi lau. Ella hiso venir a la médica; ella me daba los remedios. Si no hubiera sido por ella, habría estirau la pata. Cuando perdí cuanto tenía, hasta el apero, en una jugada de taba y quedé de yapa endeudau, ella me sacó de apuros. El mesmo mayordomo, reconociendo las priendas de la mosa y qu' el patrón me había echau el ojo pa' mayordomo si me casaba, me aconsejó que lo hisiera. “No olvidés que don Fausto la sacó de pila con la finada patrona. La quiere como a hija y que siendo ahijada mía de comunión y no teniendo yo hijos ni parientes, mi hasiendita irá a parar a sus manos.” Como ven es una taba pa' echar suerte. Y aluego, ¡qué pucha! me gusta porque

me gusta. Es la única que ha sabido resestirme y encariñarme. En ves del cuerpo m'entregó el alma mesmita. Y yo, acostumbrauí a elegir de la pata, nunca la miré como china sino como novia. Y novios semos desde hase tres años y a la güelta nos casamos.

Viraqué le dirigió una mirada turbia y volvió a repetir:

—El gaucho debe picar de flor en flor y volar.

—Usté, compadre, tiene algo en el buche. Suelterienda y dejese de andar por las ramas. Ya sabe que a mí no me asustan sombras.

—Temo que la tome a mal... pero, puesto que usté l'ordena le hablaré clarito. Mire, compadre, tuitas las chinas son de la mesma laya. La má mansita, pateá. Soy má viejo que usté y las he experimentau.

Hizo un penoso esfuerzo y continuó:

—Pa' mí, la suya, mal aconsejada por la vieja, qu'es muy logrera, le anda jugando susio. Ansina también lo cre tuito el mundo en la estansia. Ahí está, compadre, lo que teniba en la garganta. No quería desírselo por no disgustarlo. Si l'ofendo perdone, lo hago por servirlo —y sus miradas pedían realmente perdón.

Florido palideció y sus ojos azules, ensombrecidos por la cólera, se clavaron en los de Viraqué como dos avispas. “¿A que le priendo fierro?”, díjose, pero la expresión triste del indio lo contuvo. Sin brusquedad, pero firmemente, contestó:

—Ha hecho bien en desírmelo y se lo agradezco. Mi aparsero y mi cuñau, ¿creen lo mesmo?

—Sí, hermanito. No queremos engañarte. Tuavía no tás casau. Tal vé podás ponerle remedio al mal. Pa' lo que sea contá con nosotros.

Más firmemente aún declaró Florido:

—Ustedes pueden equivocarse, ustedes la conocen menos que yo y yo sigo creyendo que Mangacha no es como las demás y que como Mangacha no hay otra —y luego, con el acento imperioso y breve que repentinamente empleaba para dar órdenes, añadió—: Vamos a montar, es hora de relevar a los rondadores.

asiguran..." Y empezó a bromear con los compradores y amigos que lo rodearon para buscarle la lengua.

Como la escasez de ganado era mucha, se vendió en seguida la tropa, y Florido quedó libre. Arregló cuentas con el vendedor del Tala Grande, y capataz y peones se dirigieron al Paso del Molino a gastar alegremente el dinero ganado en el viaje.

Pero esta vez el gaucho retozón y quebrafreno llevaba otras miras. Iba a comprar el regalo de bodas, y tal propósito lo llenaba de gravedad y parsimonia. Separose de sus compañeros y se dirigió a la platería de El Turco, la más lujosa. Desde el primer momento lo sedujo una gargantilla de plata afilegranada, que quería ser florentina. Regateó el precio, hizo dos o tres veces la comedieta de partir y por fin volcó el cinto sobre el mostrador y salió de la tienda.

"Le va'quedar que ni pintada", se dijo de vuelta a la fonda, mientras acariciaba mentalmente el cuello fino de Mangacha, pero al divisar a Viraqué parado en la puerta, y sobre todo al sentir el picotazo de su mirada escrutadora, le dio un vuelco el corazón y pensó:

"¿Y si me juega susio?..."

Y al preguntárselo lo acometió el vehemente deseo, el fortísimo antojo, la irresistible necesidad de regresar para verla, porque estaba seguro que ella, con sólo mirarlo con aquellos sus ojos aterciopelados, lo curaría del come come que le roía las entrañas.

"Mangacha nunca me ha mentido. Mangacha me dirá la verdad. Si hay algo lo sabré", afirmóse dispuesto ya a creer lo que ella le dijera.

Cuando les manifestó a los otros troperos su decisión, éstos quisieron acompañarlo, pero él se opuso tenazmente y partió solo.

—A mi compadre le ha hecho dañito la marca —murmuró Viraqué mirándolo alejarse—, pero ¡qué l'hemos d'haser! A todos nos pasa lo mismo. ¡Malhaya sean las mujeres!

—Yo hubiera querido hablarle otra güelta, pero el

ni hembras. Si'habido engaño tengan siguro que habrá castigo. ¿Pero será posible que Mangacha...?"

Y lo atraparon en tumulto los recuerdos dulces y cariciosos de las horas pasadas junto a ella. La boca carnal y pura a la vez era lo que más le impedía creer que fuese capaz de falsía.

Un lagarto, pintado como un polichinela, salió corriendo de entre las matas; trepose ágil a una coronilla; azotó con la robusta cola al camoatí que ocultaban las ramas y descendió rápidamente llevando en alto aquélla toda embadurnada de miel. Se detuvo a poco trecho y contemplando el alboroto del avispero se lamía el rabo regaladamente.

—¡Bicho ladino! —musitó Florido, y luego, observando el ajeteo de una avispa que se hallaba por allí, libando de mata en mata, sintió la angustiosa opresión de antes y añadió: "El gaicho debe picar de flor en flor y volar." Lindo pa' los ladrones, pero más linda es la justicia —y de un manotón lo aplastó, e incorporándose y acercándose por detrás al lagarto, que se preparaba a llevarle otro ataque al camoatí, sacó la daga y de un revés le volcó la cabeza.

Al doblar la tarde atravesó el río a media barriga y emprendió el galope con el gacho en la mano. El relente parecía lavarle los sesos y aclararle las ideas. A medianoche cambió de caballo, lo ató a la sogá, manió la yegua madrina y tendiendo el recado, con la daga debajo del basto, se durmió. De madrugada pidió un churrasquito en una estancia conocida y rehusando apearse fue a asarlo lejos del camino. Contemplando distraído, mientras ardía la leña seca, su bonito apero, se preguntó vaga e inconscientemente cómo había podido ganar bastante para adquirir aquellas valiosas prendas, y de rebote empezó a recordar borrosamente y pensando en mil cosas a la vez los muchos favores que le debía al mayordomo. Apenas le apuntaba el bozo y ya lo ponía a la par de los leones más camperos y le confiaba arreos de tropas ariscas y hasta alguna compra de hacienda. Pero cuando lo protegió más decididamente aún fue

luego del compromiso con Mangacha. En tres años ganó tanto como antes en toda su vida. Verdad que todo obedecía a las órdenes del patrón, pero no era menos evidente la buena voluntad del mayordomo. "No hay duda, Mangacha es mi güena estrella. Dende que me ennovié tuito me cae como llovido del sielo. Hasta las promesas de don Fausto y ño Froilán vienen del cariño que le tienen a ella." Luego, atando cabos, escudriñando cosas y hechos en los cuales jamás había pensado, se le enlutó la mirada e hizo duro el gesto. "¿Si será ño Froilán?", preguntose, y siguió reflexionando hasta que, no con la sospecha, sino con el firme convencimiento de que Mangacha lo engañaba, agregó alto para oírse él mismo:

—Tuito tá má claro qu'el agua. Les he servido de pantalla, jui un sonso —e incorporándose y pegándole un puntapié al churrasco, montó.

Pasaba por los ranchos donde solía apearse sin mirarlos siquiera. Cortando campo atravesó el Río Negro, lejos de Bustillos; al amanecer divisó el rancho de Mangacha, borroso y flotando en las brumas como una araña en la tela. Lo perdió de vista en un bajo y al tornarlo a ver sintió como un tirón que le arrancaba las entrañas: la última esperanza que moría. Bajo la ramada escarceaba desensillado el pangaré del mayordomo. Florido rechinó los dientes y enderezó corriendo al puesto. Al verlo Mangacha, que se dirigía a la pipa con la caldera en la mano, asustada, sin reconocerlo, lanzó un grito y quiso huir, pero él la volteó de una pechada, le puso el pie en el cuello, como hacía para cortarle la cola a los borregos, y sacó la daga. Don Froilán salió de la casa, a medio vestir, corriendo en auxilio de la moza.

—No te aserqués, viejito, porque te voy a cortar —le gritó Florido— pero como el pacífico mayordomo lo cargó puñal en mano, le pegó tan recio planchazo en la frente que lo hizo recular trastabillando y caer de bruces. Después, encorvándose sobre la morocha, que gemía bajo su bota, le agarró las trenzas y se las cortó de raíz de un solo tajo. Atolas en la cola del caballo de modo que quedaran bien a la vista, y, sin apresurarse poco



ni mucho ni mirar a los que quedaban en el suelo, montó y se alejó al trotecito en dirección a la estancia.

—Vengo de rabonar una reyuna —les dijo a los peones a tiempo que despojaba a su flete del valioso apero y le ponía el muy modesto que antes usaba. Mirábanlo sorprendidos los peones, comprendiendo por las palabras del tropero y las trenzas de Mangacha, que todos conocían gracias a las cintas celestes con que aquélla les adornaba las puntas, lo que había pasado.

—¿Ande va, hermanito? —le preguntó uno de ellos poniéndole cariñosamente la mano en el hombro.

—¡Qué sé yo!, a rodar por aí; el mundo es grande —por último, montando de salto y dirigiéndose a todos en general, añadió con voz redonda y firme—: Adiós, caballeros, ustedes son testigos de que el gaucho Florido se jue pobre, pero con el sombrero en la nuca.

Pancha llegó jadeante hasta él.

—¿Qué has hecho, cristiano? ¿Y te vení alabar de una fechoría? La judiaste no má porque sí. Como todos estos babiecas, creíste en las habladurías de Manduca y Laderecha. Andate, en mi fogón no te quiero ver má y que te coma el remordimiento de haber castigau' a una santa. En cuando al pardo Ramón, que vino con el chisme, yo lo voy' arreglar. Pedaso de bárbaro, ¡si juera hombre!... —y le metía los dedos por los ojos.

Abrojo y Barranca corrieron a sujetarla. Florido la apartó dulcemente. Su mirada se hizo más torva.

—¿Entonces fueron Manduca y Laderecha?

—A mí me juró y perjuró y creí como todos —declaró el pardo adelantándose— y aura el patrón va crer que de mala fe hise correr la bola. Si he faltau castigue sin lástima —y se cuadró delante de Florido.

Lágrimas garrafales le corrían por la cara desencajada y de labios convulsos.

—A vos no; no tené la culpa, pero al que adrede me llevó a judiar a la que diba' ser mi mujercita querida, a ése le va costar el cuero.

Metiole airado las espuelas al ruano, que pegó un salto, y partió.

pre que la cuidara. Pero ella se cuidaba sola. ¿A ver si hay alguno que le haya faltau el respeto? Y esto qu'es muy dada con grandes y chicos, con negros y blancos. Al mismo Florido, si le hubiera ido con el cuento de la *pruebita* como él dise, l'hubiera roto los dientes. El mismo me dijo un día que con ella ni cuando la carisiaba le pasaban malas ideas por la cabeza. Y eso que con él era como un almíbar. Yo la conosco como a mis manos. El que diga algo malo de eila miente. Lo que no comprendo es cómo Florido creyó en las habladurías de Manduca, cuando a él mismo de mala fe lo hizo prender por ladrón y lo judearon con el cuñau de lo lindo, pero aura...

—Callate, negra, y encomendalo a Dios, porque prontito no má se va' topar con los del Rancho Viejo, y lo achuran o los achura a los tres. Y vos hasiendolé colita como si le hisiera falta.

—Quiera Dios que no le pase nada malo. Lo que dije jue de boca a juera no má —y sentándose en el rincón de Lucero se tapó la cara y empezó a sollozar.

—No te aflijás, Pancha; tené por entendido que si largan los v'a ganar al freno —sentenció Barranca.

Cerca del Rancho Viejo apareció esa tarde Manduca, echado boca abajo sobre la panza y los intestinos salidos por la ancha puerta de una feroz puñalada que iba del bajo vientre al tórax. Tenía el revólver en una mano, la daga en la otra. Los ex comisarios vagaban por allí mirando al cielo. No veían. Dos tajos, hechos como por la mano delicada y experta de un cirujano, les partían las pupilas.

Al otro día temprano, al salir Mangacha, vio frente a la puerta una piltrafa de carne sanguinolenta que, por la forma, le llamó la atención. Cogiola con la punta de los dedos. Era una lengua humana. Abrió enormemente los ojos, reconstruyó de golpe como si la estuviera viendo, la tragedia del Rancho Viejo y sólo murmuró:

—¡Mi Floro!...

El tupido y enredado monte del Rincón de Cabrera te-

nía algunos claros y obras donde sesteaba el sol. Difícil empresa penetrar en la maraña de plantas rastreras, arbustos como armados de garras y árboles achaparrados y espinosos. Allí no entraba el ganado y, en parte, ni la luz. Los matorrales ocultaban las escasas sendas que hacían los perros cimarrones, los zorros y los matreros. Sólo era accesible por el lado del Río Negro, pero había que andar un largo trecho por la orilla, caer al agua no pocas veces, subir pinas barrancas, seguir oscuros y retorcidos laberintos, interceptados aquí y allá por arroyitos traicioneros, pantanos o tembladeras.

En lo más huraño y recóndito del bosque, después de haber limpiado de yuyos el suelo, Florido asaba una boga clavada sobre cuatro palitos verdes cerca del fogoncito de matrero, ceniza y brasas. Allí, con Zabana y Lucero, se habían refugiado en la última revuelta. Veíase aún intacto la especie de cobertizo de paja brava donde buscaban refugio cuando llovía fuerte, y más lejos el corralito de ramas, ahora secas, en el que estaba, recién ensillado, alegre y alerta uno de los ruanos. Los otros cinco pastaban en el abra cercana. El rubio yerbeaba tranquilamente, la mirada serena puesta sobre la boga. No pensaba en la terrible aventura del día anterior, ni sentía el agobio del remordimiento, al contrario, experimentaba, allá en lo más hondo de su intimidad, la satisfacción del deber cumplido y el secreto gozo de haber roto no sé qué grilletes de la vida civilizada. A veces, vagamente, recordaba las palabras de Pancha, pero no hacía por penetrar su misterio. “¿Y el pangaré atau en la ramada? ¿Y las habladurías de Manduca? Naidés se rasca al ñudo. ¿Algo ha habido? Güeno, de una güelta o de otra el asunto tá arreglau. ¿Y si fuera del todo inocente?” Entonces se quedaba con la bombilla en la boca entreabierta largo rato, inmóvil como si estuviera soñando con los ojos abiertos.

No había comido ni dormido. Devoró la boga y cayó como desde altísima torre en el pozo hondísimo del sueño. Al atardecer lo despertó un crujido alarmante de ramas rotas. Se incorporó de un salto. Alguien venía hacia

solo o dos no va' ser ni carrera", pensó. Se puso en jarras y esperó. El ruido leve se hizo cada vez más perceptible y cercano. "El que avanza es baquianaso, algún matrero viejo, dejuero." Cerca de él las ramas se abrieron y de golpe se encontró frente a frente de Mangacha. Se quedaron plantados mirándose. Nunca había visto Florido en el rostro de la morocha expresión más decidida y bravía. Vestía de hombre, como siempre para la ordeñana, y tenía las bombachas muy pegadas y arrugadas entre las piernas. "Ha galopau mucho", se dijo Florido.

Era así. Había ido del puesto a la estancia y de la estancia al puesto, de éste al monte: diez y seis leguas. La airada moza, después de haber concluido las tareas de la mañana sin cambiar palabra con sus padres, se recortó el pelo en forma de melena o trova, y pidiéndole el gachito al gurí, se lo encasquetó, ensilló el pampa y partió para el Tala Grande. Llegó, ató el caballo en la ramada, y sin saludar a los paisanos que encontró al paso, que por otra parte no la reconocieron a causa de su indumentaria y el ala del sombrero caída sobre los ojos, se dirigió pisando fuerte al escritorio del patrón. Éste estaba enterado por Saldivia de lo acontecido en el puesto y de la partida de Florido. Después de besarla como de costumbre y de hacerla sentar, le dijo mirándola de abajo a arriba:

—Lindo gauchito; vos no sé cómo te las arreglás, pero de todas maneras estás siempre bien. Así me gusta. No sé cuántas ahijadas tengo, pero ninguna se te aserca ni como cara, ni como cuerpo. ¿Te das cuenta de lo que vale eso?

Ella sonrió tristemente.

—Sí, ya sé que tu novio se ha portado mal contigo. ¡Qué bárbaro!, pero obró enseguesido por los selos. No le arriendo las ganansias al que lo llevó a cometer tan mala asión. Debés perdonarlo, esperar tranquila y ver el modo de ponerle remedio al mal. Afligirse, desalentarse, no sirve de nada. Me disen que rumbeó en diresión al Rancho Viejo. Quiera Dios que no lo encuentre a Manduca, de no... Ayer mismo mandé a Zabana en

—Lo mismo... no podré olvidar nunca de los jama-  
ses que jue por vengarme.

—Sos de ley.

—Sí, padrino.

Golpearon a la puerta, entró Zabana.

—¿Qué hay? —interrogó Mangacha irguiéndose.

El patrón la hizo sentar de nuevo.

—Si no tenés valor y te estás quietita te mando re-  
tirar.

—Disculpe, padrino, pero...

—¿Traés buenas o malas notisias?

—Güenas, sí señor...

—¿Y Florido?

—No lo vide. Dejuro les ha sacau el cuerpo a las levas y a los melicos y ganau el monte. Tenemos rigüenta, patrón; andan agarrando gente y arreando caballadas. Por eso tardé tanto, meta gambetear. Y después me costó Dios y ayuda llegar hasta andé'taba el capitán del gobierno con cincuenta hombres. Tropa e línea. Susede que venían persiguiendo a Manduca y su gente. No son blancos ni coloraus, ni pertenesen a nengún ejército. Son ladrones no má. Habían saqueau dos estansias y matau gente a granel y se preparaban pa' pegarle un golpe a ésta y juir al Brasil, sigún se supo después. Pero mi cuñau solito les atajó el pasmo a tiempo. Antes de llegar al ranchito ande estaban Manduca y los entenaus se topó con la indiada. Llevaba la tropilla por delante y les dijo que su patrón, amigaso de Manduca, le mandaba aquellos pingos de regalo y que debían entregarselos a él mesmo y a naides má. Tragaron el ansuelo hasta la boya y lo dejaron pasar. Cuando llegó al rancho, Manduca y los entenaus le estaban quemando los pies a un pobre hombre pa'que confesase ande teniba la plata en el boliche, porque era el pulpero. El mesmo y ño Inasio, el cura, que lo teniban estaqueau con dos más, me hisieron la rilasión. Mi cuñau había enderesau pa'l ranchito al galopito, miren si será ladino. Lo vieron venir sin desconfear. Traiba el gacho de la ala caída, diba hasiendosé el chiquito sobre su caballo, mordiendo el

pañuelo de golilla blanco que le tapaba la carretilla y caía sobre el pecho como si juese una barba larga de viejo. Ni el mismo cura lo reconoció. Ya serquita le serró piernas al flete, les echó los caballos ensima y estuvo con ellos. Manduca alcansó a serrajarle dos tiros. El rubio le dentró gambeteando y lo vasió. De un salto estuvo con los entenaus, que los caballos habían revolcau y se le venían en yunta medio tambaleando. No los dejó resollar. Amenasó a uno que había sacado el regüélver y se lo sacó al vuelo y le acomodó dos chirlos al otro y en seguida otros dos al del regüélver pa' dejarlos parejos tal vé. Y todo esto en un abrir y cerrar de ojos. Si es ligero que dá fiebre. Teniban dos mulatos cuidando los presos y también se le jueron al humo, pero el cura, que había reventau la sogá, es jorsudo el hombre, le pegó un puñetaso en la nuca al que encontró má serca y lo dejó quietito. El otro disparó fiero.

“—Esos bárbaros nos van a degollar” —clamó porque los malevos se venían.

“—De ande, van a disparar... Pero desate a los compañeros y armensé.”

Y montó, arreó la tropilla qu'estaba allí no má, la tiene enseñada, ande él se apea, la tropilla para, y volvió pa' atrás a todo meter.

“—Manduca es muerto —les gritó—, se vienen los melicos del gobierno; disparen, muchachos, dispersensé; de no, los van a jusilar” —y tuitos salieron matando. A Florido lo vieron en punta, después torsió pa' aquí y no lo vieron má. El comisario d'aura me dijo que mañana vendría por aquí. Le pregunté por los entenaus de Manduca y me contestó que el capitán, apenitas habló con el cura y el pulpero, les hiso pegar cuatro tiros. En el ranchito encontraron algunasriendas robadas. Además teniban los sintos llenos.

Luego, haciendo girar el gacho entre las manos, cual si estuviese examinando la cinta, añadió:

—Yo, patrón, voy a materiar. No quiero servir ni con los blancos ni con los coloraus.

ro probarte de que soy dina de vos y de cualquiera, y después, entendolo bien, hasta nunquita.

Por la primera vez de su vida, Florido se sintió confuso y avergonzado. Dejó de mirar y bajó la cabeza, luego levantola y argulló roncamente:

—Ayer te dejé en la puerta la lengua del que mintió. No podía hacer má. Aura volvete al rancho, no tengo nada que haser con vos. Aquí tás arriesgando el cuero, porque me van a perseguir y yo voy a peliar. Entregarme, no me entriego. Sé lo que es la justicia, ¡que la parió! Estoy retobau, maté a uno, corté a dos y aura siento no haberlos dijunteau.

—Los dejastes siegos, es peor.

—A eso les tiré... pá' que se acuerden de mí hasta que se mueran. Me judiaron al ñudo; te calumniaron pa'jorobarme, me buscaron de tuitas maneras, y güeno, me han encontrau.

—Habías sido cruel y desalmau pa' vengarte, lo mesmo de los hombres que de las mujeres.

—Soy ansina, ¡qué le vamos hacer! Güeno por las güenas, malo por las malas. Siento lo que hise con vos, engañau. De lo demás, nadita. Dende aura seré matre-ro sin má ley qu'ésta —y se tanteó la daga— ¡A la gran flauta las maneas!

—Yo t'he perdonau y naides te persigue —y le contó lo que había dicho Zabana.

Florido oía indiferente, casi con pesar y como pensando en otra cosa. El delito cortaba todas las maneas; no habiéndolo quedaba con ellas.

Encolerizado como estaba, cólera fría, sólo los instintos del gauderio, del gaucho *alzao*, del hombre de ataque, primaban sobre los demás y revolvían los limos de la conciencia oscura. De pronto la miró fijo:

—Y el pangaré atau en la ramada era el de ño Froilán, ¿no?

—Sí...

—¿Y qué hase el mayordomo tuitos los domingos allí?

—Viene los sábados de nochesita, cuando no estás vos y se queda el domingo con nosotros. Dente que murió

ña Juanita, la mujer, hase lo mesmo. Antes venía tuitas las semanas, pero como a escondidas, y se diba con el sielo estrellau tuavía.

—¿Y por qué no llegaba cuando estaba yo?

—Vos sos mi novio, te dejaba el lau.

—Entonces a las calladas, mientras yo andaba tropiando... Yo lo voy a arreglar.

—Pero, cristiano, si es mi tatita —exclamó ella sonriendo en vez de indignarse.

—¿El qué?...

—Mi tatita, yo créiba que padrino te io había dicho la última güelta que habló con vos. Tatita no quería que naides lo supiera a causa de la mujer, que era medio falta, ideosa y lo teniba dominau. Vos sabés qu'el pobre es débil de puro güeno. Saldivia y Pancha sabían también, pero tatita les había prohibido que dijeran nada a naides y padrino lo mesmo, no sé por qué, alguna rasón debía tener, él no da puntada sin ñudo. Yo no he querido má que a uno, y ése sos vos.

Florido palideció, recordando las palabras y la furia de Pancha. Sus ojos fulguraron.

—No estar vivos pa'churarlos de nuevo! —exclamó.

Después miró el cielo. El tupido ramaje apenas lo dejaba entrever, y añadió:

—Debes dirte antes que dentre el sol. Voy'acompañarte hasta la salida del monte.

Ella se acercó y le puso las manos sobre los hombros. La mirada de sus ojos de venado era como una caricia realmente carnal.

Estas palabras le parecieron a él que tenían el peso material de las cosas que pueden agarrarse y palpase.

—¿Te das cuenta de la parada que tás jugando aquí en el monte con rigolusión y con un matrero?... —y bajando de tono prosiguió cada vez más sorprendido—: ...y vos sos capás de quererme tuavía.

—Soy... y má que de nantes porque compriendo qu'estabas seloso y que me queré.

Un sollozo le cortó la palabra. Sacudida por la emoción, se abrazó a él, cuyo bombado y musculoso pecho



—¿No tenibas miedo que te asaltaran?

—¿Con éstas?... —y señaló las pistolas— ¡qué diba a tené!

Tendieron los recados uno junto al otro. Hacía fresquito. La luna llena plateaba el monte quieto y mudo. Ni chispa de viento. El pajonal cercano no se plañía. La soledad pesaba y parecía anunciar el alumbramiento de algún grande misterio. Miles de ojos de luz fulgían en el cielo violeta mirando a los novios, que se besaban. Los bichos nocturnos celebraban, sin ruido, sus festines sangrientos o sus negras bodas.

Florido se sacó las botas con espuelas y todo. Manga-cha lo imitó y se acostaron cubriéndose con el mismo poncho.

—Tomame, mi rubio querido, no quiero que te quede ni la menor dudita de que te jui fiel.

El le tapó la boca con un beso, le pasó el brazo por debajo del cuello y la atrajo hacia sí.

—Duérmase como aquella noche, con la cabecita puesta en mi pecho, ajá...

—¿Ansina? —musitó ella cerrando los ojos.

—Ansinita mesmo —murmuró él.

—Entonces, ¿me queré mucho?

—Muchito...

Sonó una descarga cerrada. Debajo del poncho hubo un estremecimiento. Nada más.

(CAPÍTULOS XV y XVI, pp. 141-159)

EDICIONES: *Por la vida*, Mont, Imp El Ferrocarril, 1888; *Beba*, Mont, Imp Dornaleche y Reyes, 1894; M, Fernando Fe, 1895; Stgo, Ercilla, 1936; Mont, Barreiro y Ramos, 1965 (col de Clásicos Uruguayos, 620); *Academias. I: Primitivo*, Mont, Imp Dornaleche y Reyes, 1896; Mont, 1940; *Academias. II: El extranjero*, M. Ricardo Fe, 1897; *Academias. III: El sueño de rapinãa*, Mont, Imp Dornaleche y Reyes, 1898; *La raza de Cain*, Mont, Imp Dornaleche y Reyes, 1900; París, P Ollendorff [1901], 1910; 1915; BsAs, Anaconda, 1935; Stgo, Ercilla, 1937; Mont, Imp Uruguay, 1965 (col de Clásicos Uruguayos, 94); *El terruño*, pról José E Rodó, Mont, Tip Mercurio, 1916; BsAs,

Agencia General de Librerías y Publicaciones, 1927; M, Sociedad General Española de Librería, 1927; Stgo, Ercilla, 1936; Losada, 1945; [y *Primitivo*], pról Ángel Rama, Mont, Imp E Bianchi Altuna, 1953 (col de Clásicos Uruguayos, 3); *Diálogos olímpicos. I: Apolo y Dionisios*, BsAs, Peuser, 1918; *Diálogos olímpicos. II: Cristo y Mammón*, BsAs, Peuser, 1919; *El embrujo de Sevilla*, M, Calpe, 1922; BsAs, Agencia General de Librerías y Publicaciones, 1922 y 1927; B, Ed América, 1924; BsAs-Mont, Imp de G Hernández y Galo Sáenz, 1927; M, Sociedad General Española de Librería, 1932; Stgo, Ercilla, 1937; BsAs, Espasa-Calpe, 1941 (col Austral), 1944, 1945, 1949, 1953; BsAs, Sopena, 1942, 1945, 1954; BsAs, Emecé, 1944, 1951; BsAs, Anaconda, 1945; *Panoramas del mundo actual*, Mont, Imp Uruguaya, 1932; *El gaucho Florido*, Mont, Imp Uruguaya, 1932; Stgo, Ercilla, 1936; BsAs-Méx, Espasa-Calpe, 1939 (col Austral), 1943 1944, 1947, 1953; *Incitaciones*, Stgo, Ercilla, 1936; *Ego Sum*, BsAs, Sopena, 1939; *A batallas de amor... campo de pluma*, BsAs, Sopena, 1939; *Academias y otros ensayos*, Mont, C García, 1940; *Ensayos*, Mont, Barreiro y Ramos, 1965, 3 vols (col de Clásicos Uruguayos, 84-86).

REFERENCIAS: FLORES, ÁNGEL: *Bibliografía*, pp 282-284 / GONZÁLEZ, HIPÓLITO: "CR", *BIFCH*, xvii (1965), pp 5-223 / RELA, WALTER: *CR: guía bibliográfica*, Mont, Ed Ulises, 1967.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA: ALEGRÍA, FERNANDO: *Historia de la novela hispanoamericana*, Méx, De Andrea, 1966, pp 123-128 / ALLEN, MARTHA E: "La personalidad literaria de CR", *RevIb*, xiii, núm 25 (oct 1947), pp 91-115 / ANTUÑA, DIMAS: "Los dioses de R", *La Pluma* (Mont), iv (ene 1928), pp 25-29 / ARDAO, ARTURO: *La filosofía en el Uruguay en el siglo xx*, Méx, FCE, 1956, pp 113-118; "La voluntad de conciencia en R", *RFHC*, núm 20 (1962), pp 113-120 / AZEVEDO, ALFONSO LLAMBIAS DE: "Cronología de CR", *Cuadernos del Idioma*, 3 (1970), pp 150-154 / BARBAGELATA, HUGO D: *Historia de la cultura uruguaya*, Mont, Instituto de Estudios Superiores, 1946, pp 43-67; *La novela y el cuento en Hispanoamérica*, Mont, E Míguez y Cía, 1947, pp 123-132 / BATESON, HOWARD L: *French influences in the work of CR*, Univ of Illinois 1943 (tesis doctoral) / BENEDETTI, MARIO: "Para una revisión de CR", *Nume*, ii núms 6-8 (ene-jun 1950), pp 187-197, recog en *Marcel Proust y otros ensayos*, Mont, Ed Número, 1951 pp 55-66 / BLIXEN, JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE: *R*, Mont, Imp Ligu, 1943 (Bib de Cultura Uruguaya) / BOLLO, SARA: "El terruño", *RNac* (abr 1938), pp 72-81; "La obra de CR", *RNac* (ago 1938), pp 185-200 / BOURGEOIS, LOUIS C: "Dos novelistas hispanoamericanos frente a Sevilla", *Actas del Tercer Con-*

greso Internacional de Hispanistas, Méx, El Colegio de México, 1970, pp 127-135 / CLULOW, ALFREDO S: *CR*, Mont, Ateneo de la Juventud Uruguaya, Taller Gráfico de F Percia Valle, 1923 / ENGLEKIRK, JOHN E y MARGARET M RAMOS: *La narrativa uruguaya*, Univ of California, 1967 / ETCHEVERRY, JOSÉ E: "CR: trayectoria de un yo", *Marcha* (Mont), xx, núm 928 (sept 12, 1958) / FERREIRA, EDUARDO: "Beba", *RNac* (abr 1946), pp 133-140 / GARCÍA CALDERÓN, VENTURA: *Semblanzas de América*, M, Cervantes, 1919, pp 163-174 / GARCÍA CALDERÓN, VENTURA y HUGO D BARBAGELATA: *La literatura uruguaya (1757-1917)*, NY, París, Imp de la Casa Bailly-Balliere, 1917, pp 83-93 / GARGANICO, JOHN F: *El perfil del gaucho en algunas novelas de Argentina y Uruguay*, Mont, Ed Síntesis, 1966, pp 48-61 / GATES, EJ: "Popular speech, gitanismos, and bullfighting terms in *El embrujo de Sevilla*", *H*, xlv (1962), pp 422-427 / GHIANO, JC: "CR en su centenario", *Cuadernos del Idioma*, 3 (1970), pp 133-149 / GONZÁLEZ, HIPÓLITO: "CR", *BFS*, xvii (1965), pp 5-223 / GUILLOT, GERVASIO: *La conversación de CR*, Mont, Arca, 1966 / HENRÍQUEZ UREÑA, MAX: *Breve historia del modernismo*, Méx, FCE, 1954 pp 229-234 / LASPLACES, ALBERTO: *Opiniones literarias*, Mont, C García, 1919, pp 62-76 / LAUXAR (OSVALDO CRISPO ACOSTA): *CR: definición de su personalidad. Examen de su obra literaria. Su filosofía de la fuerza*, Mont Barreiro y Ramos, 1918 / LUCERO, AL: res *La raza de Caín*, *Revista de Derecho, Historia y Literatura* (Mont), vii (1900), pp 570-577 / LUISI, LUISA: *A través de libros y autores*, BsAs, Ed Nuestra América, 1925, pp 13-107 / MAÑACH, JORGE: "CR", *RHM*, v (1939), pp 18-20 / MARAÑÓN, GREGORIO: "La pandereta inmortal" [*El embrujo de Sevilla*], *La Nación* (BsAs) (oct 16, 1938) / MARTÍ, JORGE L: "Teoría y técnica novelística en *El embrujo de Sevilla*", *H*, li (1968) pp 239-243 / MARTÍNEZ MORENO, CARLOS: "Pról" a *La raza de Caín*, cit (1965) / MATTIACE, VINCENZA A: *CR and his social consciousness of the Uruguayan scene*, New York Univ, 1958 (tesis doctoral) / MAULE, MARY E: *Modernismo in two Spanish American novelists: CR y Pedro Prado*, Univ of Wisconsin, 1957 (tesis doctoral) / MENAFRA, LUIS ALBERTO: *CR*, Mont, Ed Síntesis, 1957 / MONTERO BUSTAMANTE, RAÚL: "Un cincuentenario olvidado. La publicación de *La raza de Caín*", *RNac*, li, núm 151 (jul 1951), pp 23-31; "Comentarios sobre CR", en *Homenaje a don Raúl Montero Bustamante*, Mont, Instituto Histórico y Geográfico de Uruguay, 1959, 3 vols, vol I pp 319-340 / MONTGOMERY, H: *The genesis and trajectory of the ideology of force in the works of CR*, Harvard Univ, 1952 (tesis doctoral) / MORBY, EDWIN S: "Una batalla entre antiguos y modernos", *RevIb*, iv, núm 7 (nov 1941), pp

119-143 / NARANJO VILLEGAS, A: "CR", *UnivCB*, III (1938), pp 121-123 / NÚÑEZ, ZULMA: "CR, el hombre a quien no pesaba la soledad", *ALi* (may 23, 1940) / ORIBE, EMILIO: *Teoría del Nous*, BsAs-Mont, SALPP, 1934 pp 199-202 / OSTRIN, MURRAY L: *Las obras novelescas de CR*, Méx, UNAM, 1949 / PAULA, TABARÉ J. DI: "El hombre que fue R" *La Nación* (BsAs) (ene 3, 1960) / PEREIRA RODRÍGUEZ, JOSÉ: *Ensayos*, Mont, Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1965, 2 vols, vol I, pp 89-110 / PÉREZ, PETIT V: "La raza de Caín", *RNac* (ago 1938), pp 171-194; "Los orígenes de nuestra prosa y CR", *RNac* (oct 1938), pp 10-24 / PIQUET, JUAN FRANCISCO: *Perfiles literarios*, Mont, Imp y Litografía Oriental, 1896, pp 23-31 / RAMA, ÁNGEL: "Pról" a *El terruño*, cit (1953) / RAMÍREZ, OCTAVIO: "El novelista de la entraña", *La Nación* (BsAs) (ago 21, 1927); "Las novelas de R", *Conferencias. Años 1937-1941*, Mont, Jockey Club, 1941, pp 103-128 / RELA, WALTER: "Pról" a *Beba*, cit (1965) / REYLES, CARLOS: *Ego Sum*, BsAs, Sopena, 1939; "Exégesis sobre *El embrujo de Sevilla*", en su *Academias y otros ensayos*, cit / RODÓ, JOSÉ ENRIQUE: "Pról" a *El terruño*, cit (1916), pp v-ix / SÁENZ, GERARDO: "CR y la novela del siglo XIX", *Mem* 15 (1971), pp 67-71 / SALTERAIN HERRERA, EDUARDO: *Cartas fundamentales*, Mont, GV Mariño, 1919, pp 285-293 / SANÍN CANO, BALDOMERO: "Sobre una novela de CR" [*El embrujo de Sevilla*], *Sur*, VI, núm 23 (1936), pp 98-103 / SELUJA CECIN, ANTONIO: *El modernismo literario en el Río de la Plata*, Mont, Imp Sales, 1965, pp 89-94 / SISTO, DAVID T: *Character analysis in the works of CR*, State Univ of Iowa, 1952 (tesis doctoral); "A note on the philosophy of Ramiro de Maeztu and CR", *H*, XLI, núm 4 (dic 1958), pp 457-459 / SUÁREZ CALIMANO, EMILIO: res *El gaucho Florido*, *Nos*, LXXVIII, núms 285-286 (feb-mar 1933), pp 209-224 / TINKER, EDWARD L: "The cult of the gaucho and the creation of a literature", *Proceedings of the American Antiquarian Society*, LVII (1947), pp 309-348 / TORRES-RIOSECO, ARTURO: *Grandes novelistas de la América hispana*, Univ of California Press, 1949, 2 vols, vol I, pp 175-219 / VALBUENA BRIONES, ÁNGEL: *Literatura hispanoamericana*, B, Gili, 1962, pp 275-289 / VILLAGRÁN BUSTAMANTE, HÉCTOR: *Crítica literaria*, Mont, Monteverde y Cía, 1929, pp 20-27; *Márgenes*, Mont, 1933, pp 95-100; "Perfil de CR", *RNac*, II, núm 14 (feb 1939), pp 275-282; *Autores y libros*, Mont, Monteverde y Cía, 1940, pp 9-20 / VISCA, ARTURO S: *Tres narradores uruguayos*, Mont, Edics de la Banda Oriental, 1962, pp 9-35; "Pról" a *Ensayos*, cit (1965), vol I / ZUM FELDE, ALBERTO: *Crítica de la literatura uruguaya*, Mont, Ed M García, 1921, pp 169-197;